

Atanasio de Alejandría

SOBRE EL ESPÍRITU SANTO

EPÍSTOLA IV

Obstinación de los herejes

1. He leído ahora la carta enviada por tu Piedad y de nuevo me he admirado de la imprudencia de los herejes, me he dado cuenta de que nada se les adapta tanto como el mandamiento del Apóstol: *Al hereje, después de una primera y una segunda amonestación, evítalo, sabiendo que tal sujeto está pervertido y peca, condenándose a sí mismo*¹.

2. En efecto, teniendo la mente pervertida, si pregunta no es para someterse después de haber oído, ni para enmendarse después de aprender, sino por razón de aquellos a los que ha engañado, porque si guarda silencio, sería condenado incluso por ellos.

3. Era suficiente con lo ya dicho; era suficiente con los argumentos formulados contra ellos para que dejaran de blasfemar contra el Espíritu Santo. Pero no les ha bas-

tado. De nuevo se comportan imprudentemente mostrando que, como expertos en el arte de la disputa y además adversarios² del Espíritu, pronto estarán muertos a causa de su demencia. Sin duda, que si uno respondiera a sus nuevas preguntas, no menos serían inventores de males, sólo buscando sin encontrar y oyendo sin comprender.

4. ¿Cuáles son sus sabias preguntas? «Si el Espíritu Santo no es una criatura, en ese caso –dicen– es hijo y habrá dos hermanos, el Verbo y Él»³. Enseguida añaden, según escriben: «Si el Espíritu *tomará*⁴ del Hijo y es dado por Él⁵», en efecto, así está escrito, rápidamente concluyen: «Por tanto, el Padre es abuelo y el Espíritu es su nieto»⁶.

Cómo responder a los herejes

2. 1. ¿Quién oyendo esto los considerará cristianos y no más bien griegos? En efecto, los griegos hablan entre sí tales cosas contra nosotros. ¿Quién querrá responder a locura tan grande de esta gente? En realidad, después de haber reflexionado mucho y habiendo buscado una respuesta que se les acomodara, no he encontrado otra que la que se les dirigió a los fariseos. Pues como a ellos, que formulaban preguntas con malicia, el Salvador les replicó con otra pregunta para que de este modo se percataran de

la propia malicia. Y como éstos plantean tales cuestiones, que nos digan o mejor que respondan interrogados del modo como ellos interrogan. Puesto que cuando las dicen no entienden sus propias invenciones, quizá al escucharlas se darán cuenta de su locura

2. Si como se ha demostrado anteriormente⁸, el Espíritu Santo no es una criatura, sino que está en Dios y es dado a partir de Dios, ¿entonces Él es también un hijo y hay dos hermanos, Él y el Hijo? Y si Él es el Espíritu del Hijo, y el Espíritu lo recibe todo del Hijo, como Él mismo lo dijo, y si *insuflando lo dio a los discípulos*⁹, cosa que también vosotros confesáis, ¿entonces el Padre es abuelo y el Espíritu es su nieto?

3. Lo que nos pedís con vuestras preguntas, es justo que también se os plantee a vosotros. Si, pues, negáis las Escrituras, ya no se os puede considerar cristianos y, en ese caso, es justo que nos planteéis cuestiones a nosotros los cristianos¹⁰. Si leéis las mismas Escrituras que nosotros,

es necesario que también se os planteen por parte nuestra las mismas cuestiones.

4. Así pues, decid, sin demora, si el Espíritu es hijo y el Padre abuelo. Acaso echando cuentas como hicieron los fariseos¹¹ de antaño, os diréis a vosotros mismos: «Si decimos que es hijo, oiremos que se nos dice: “¿Dónde está escrito?” y si decimos: “No es hijo”, tememos que nos digan: “¿Cómo es que está escrito: *Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios*¹²?”».

5. Si luchando contra vosotros mismos decís: «No lo sabemos», es necesario que aquel al que formuláis tales preguntas calle, confiando en el que dice: *No respondas al necio con su necedad, para que no te hagas semejante a él, sino responde al necio por su necedad, para que no se considere a sí mismo sabio*¹³. Pero la respuesta que mejor se adapta es el silencio, para que descubráis vuestra ignorancia.

El Verbo de Dios es único

3. 1. Es, pues, justo que de nuevo se os formulen preguntas desde vuestras mismas teorías. «Puesto que los profetas hablan en el Espíritu de Dios y en Isaías¹⁴ profetiza el Espíritu Santo, como ha quedado probado en lo anterior, en consecuencia también el Espíritu es Verbo de Dios y hay dos Verbos, el Espíritu y el Hijo. En efecto, los profetas profetizaban cuando el Verbo de Dios se dirigía a ellos»¹⁵.

2. Y todavía una cuestión más. «Puesto que todo se hizo por medio del Verbo y sin Él no se hizo nada¹⁶ y

Dios cimentó la tierra con sabiduría¹⁷ y todo lo hizo con sabiduría¹⁸, y, por otra parte, dice la Escritura, tal como queda mostrado anteriormente¹⁹, envías tu Espíritu y serán creados²⁰, entonces o el Espíritu es el Verbo o Dios lo ha hecho todo por medio de dos, mediante la Sabiduría y mediante el Espíritu. ¿Cómo es que Pablo dice un solo Dios del cual provienen todas las cosas y un solo Señor por medio del cual existe todo²¹?».

El Padre no es abuelo

3. Y de nuevo: «Puesto que el Hijo es imagen del Padre invisible²², y el Espíritu es imagen²³ del Hijo, porque está escrito: *A los que de antemano conoció, los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo²⁴*, en consecuencia y según esto, el Padre es abuelo».

4. «Y puesto que el Hijo vino en el nombre del Padre y el Hijo dice: *El Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre²⁵*, también así resulta que el Padre es abuelo».

Seguir las Escrituras

5. ¿Qué respondéis a esto, vosotros que decís todas estas cosas tan fácilmente? ¿Qué estáis pensando en vuestro interior? ¿O es que viendo que estáis perplejos, censuraréis preguntas como estas?; pero antes acusaos a vo-

sotros mismos, que soléis plantear tales cuestiones, obedeced las Escrituras y, ya que la perplejidad no os deja hablar, aprended de una vez:

6. En las Escrituras, al Espíritu no se le dio el nombre de hijo, sino el de Espíritu Santo y Espíritu de Dios. Como no se llamó hijo al Espíritu, de igual modo tampoco se escribe acerca del Hijo que Él sea el Espíritu Santo.

¿Acaso porque no se dio el nombre de hijo al Espíritu ni porque el Espíritu no sea hijo²⁶, está la fe en desacuerdo con la verdad? ¡No lo quiera Dios!

El Hijo y el Espíritu son distintos en la única divinidad

7. Sino que cada uno de los términos indicados tiene su propia interpretación. Así, el Hijo es vástago propio de la esencia y de la naturaleza del Padre, y esto es lo que implica su nombre. Y el Espíritu que es llamado *de Dios* y que está en Él, no es extraño a la naturaleza del Hijo, ni a la divinidad del Padre. Por eso en la Trinidad, en el Padre y en el Hijo y en el mismo Espíritu, hay una única divinidad, y en esta Trinidad hay un solo bautismo y una sola fe.

8. Así, cuando el Padre envía al Espíritu, el Hijo lo da a los discípulos al insuflar²⁷ sobre ellos, puesto que todo lo que el Padre tiene, es del Hijo²⁸. Y cuando el

Verbo se hacía presente en los profetas, éstos profetizaban por medio del Espíritu como está escrito y ha sido mostrado²⁹. *Los cielos se cimentaron por medio del Verbo de Dios, y toda su potencia por medio del Espíritu de su boca*³⁰.

El Espíritu es propio de Dios

4. 1. Así que el Espíritu no es una criatura, sino propio de la sustancia del Verbo, y propio también de Dios, ya que se dice que está en Él. No hay que temer repetir una y otra vez las mismas cosas. Y aunque el Espíritu no recibió el nombre de hijo, con todo no está fuera del Hijo. En efecto, ha sido llamado Espíritu de filiación adoptiva³¹. Y puesto que Cristo es potencia de Dios y sabiduría de Dios³², consiguientemente se dice del Espíritu que *Él es Espíritu de sabiduría y Espíritu de fortaleza*³³. Cuando participamos del Espíritu, tenemos al Hijo y teniendo al Hijo, tenemos al Espíritu que grita en nuestros corazones: *Abbá, Padre*, como dijo Pablo³⁴.

No pretender escrutar lo inescrutable

2. Si está escrito que el Espíritu es de Dios y que está en Él: *Nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios que está en Él*³⁵; y el Hijo dijo: *Yo estoy en*

*el Padre y el Padre está en mí*³⁶, ¿por qué el mismo nombre no se le da a uno y a otro sino que uno recibe el nombre de Hijo y el otro el de Espíritu? Si uno preguntara de este modo, ese tal estaría loco al investigar lo inescrutable y desoír al Apóstol que dice: *¿Quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?*³⁷.

3. Por otra parte, a lo que Dios ha puesto un nombre ¿quién se atreverá a llamarlo de otra manera? En ese caso, que provea incluso para los seres de la creación. Puesto que la creación ha sido hecha con el mismo gesto, que nos digan ¿por qué una cosa es el sol, otra el cielo y la tierra y el mar y el aire? Si a estos insensatos les resulta esto imposible, pues cada cosa permanece tal como fue hecha, cuánto más lo que está por encima de la creación tiene una permanencia eterna y no cambia. Y es así que el Padre es Padre y no abuelo, y el Hijo es Hijo de Dios y no padre del Espíritu, y el Espíritu Santo es Espíritu Santo y no nieto del Padre ni hermano del Hijo.

Creer como nos enseña la Escritura

5. 1. Una vez demostrado esto, sería un necio quien preguntara: «¿El Espíritu es, pues, también hijo?». Y que no vaya a excluirlo de la naturaleza de Dios y de lo que le es propio, por el hecho de que no esté escrito en la Escritura. Sino que, tal como está escrito, crea y no diga: «¿Por qué es de esta manera y no de la otra?». No sea que pensando tales cosas comience a preocuparse y a decir: «¿Dónde, pues, está Dios y cómo es?». Por lo demás oirá: *Dijo el necio en su corazón: No hay Dios*³⁸.

2. Lo que ha sido confiado a la fe requiere un conocimiento sin rebuscamientos³⁹. Así, después de oír: *Bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*⁴⁰, los discípulos no se metieron en por qué el Hijo está en segundo lugar y el Espíritu en el tercero, o en por qué hay, en una palabra, una Trinidad, sino que tal como escucharon, creyeron, y no como vosotros habéis preguntado: «¿El Espíritu es, pues, hijo?». Y habiendo mencionado el Señor después del Hijo al Espíritu, tampoco preguntaron: «¿El Padre es abuelo?». En efecto, no habían oído «en el nombre del abuelo», sino *en el nombre del Padre*.

3. Y ésta es la fe que ellos con una comprensión recta proclamaron por todas partes. En efecto, no había que decir cosa distinta de lo que había dicho el Salvador, llamándose a sí mismo *Hijo* y al otro *Espíritu Santo*, sin cambiar el orden establecido. Esto vale también en referencia al Padre. Como a Él no está permitido llamarlo de otra manera sino diciendo que Él es Padre, así es impío preguntar si el Hijo es el Espíritu, o si el Espíritu es hijo.

Por esta razón Sabelio⁴¹ fue juzgado extraño a la Iglesia, al atreverse a llamar con el nombre del Padre al Hijo y con el nombre del Hijo al Padre.

4. ¿Es que después de esto, al oír las palabras *Hijo* y *Espíritu* se atreverá alguno a decir: «El Padre es, por tanto, abuelo», o «el Espíritu es, por tanto, Hijo»? Sin duda que se atreverán los Eunomios⁴², los Eu-

doxios⁴³ y los Eusebios⁴⁴, pues una vez que han optado por la herejía arriana, no apartarán sus lenguas de la impiedad. Porque, ¿quién les transmitió estas preguntas? ¿Quién se las enseñó? Nadie que se basara en las Escrituras divinas, sino que tal demencia sólo pudo salir de la abundancia de sus corazones.

La fe de la Iglesia

6. 1. Si, pues, porque el Espíritu no es criatura –cosa que efectivamente ha sido demostrada–, preguntáis: «¿Es, por tanto, hijo el Espíritu?», llega el momento de que os preguntemos, dado que sabéis que el Hijo no es una criatura, –porque por medio de Él fueron creadas todas las cosas hechas⁴⁵–: «¿Es, por tanto, padre el Hijo?». Y también: «¿El Espíritu es, pues, el Hijo y el Hijo mismo es también el Espíritu Santo?».

2. Pero si esto es lo que piensan, estarán fuera de la Santa Trinidad, y serán considerados ateos, ya que

cambian el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, empleándolo voluntariamente a semejanza de la generación humana, hablando de nietos y abuelos, con lo que renuevan para ellos la genealogía de los griegos.

3. Pero no es ésta la fe de la Iglesia, sino que como dijo el Salvador, es fe en un Padre y en un Hijo y en un Espíritu Santo; en un Padre que no puede ser llamado abuelo, y en un Hijo que no puede ser llamado padre, y en un Espíritu Santo que no puede denominarse más que así. En esta fe no se pueden cambiar alternativamente los nombres, sino que el Padre es siempre Padre y el Hijo es siempre Hijo y el Espíritu Santo es y recibe siempre el nombre de Espíritu Santo.

Dios no es como el hombre

4. Ahora bien, entre los hombres no ocurre esto, aunque los arrianos se imaginan fantasiosamente tales cosas. En efecto, como está escrito: *Dios no es como el hombre*⁴⁶, y se podría decir también: «los hombres no son como Dios», porque por lo que a los hombres se refiere, el padre no es siempre padre, ni el hijo es siempre hijo, porque uno llega a ser padre de un hijo y él era hijo de otro, y el hijo, siendo hijo de su padre, se convierte en padre de otro. Así Abrahán, siendo hijo de Najor⁴⁷, se convirtió en padre de Isaac, e Isaac, siendo hijo de Abrahán, se convirtió en padre de Jacob. En

efecto, cada uno, siendo parte del que le engendró, es engendrado como hijo, pero se convierte en padre de otro⁴⁸.

5. Ahora bien, en la divinidad no ocurre así, ya que Dios no es como el hombre⁴⁹. El Padre no procede de un padre, por eso no engendra al que será padre de otro; ni el Hijo es parte del Padre, por lo que tampoco es vástago para engendrar un hijo.

6. De aquí que únicamente en la divinidad el Padre, siendo propiamente también el único Padre, lo es, lo era y lo será siempre. Y el Hijo es propiamente el único Hijo. En ellos se fundamenta que el Padre es y se llama siempre Padre, y el Hijo es y se llama siempre Hijo, y el Espíritu Santo es siempre Espíritu Santo. Y creemos que es de Dios y que es dado de parte del Padre por medio del Hijo.

7. En efecto, de este modo la santa Trinidad permanece inalterable y reconocida en la única divinidad⁵⁰. Así pues, el que pregunta: «¿El Espíritu es, por tanto, hijo?», fantasea como si el nombre pudiera cambiarse y se autosumministra una locura. Y el que pregunta: «¿El Padre es, por tanto, abuelo?», inventando un nombre al Padre, se equivoca en su corazón.

No bromear con la realidad divina

8. Continuar, pues, respondiendo a la desvergüenza de los herejes no es prudente, porque sería ir contra la exhortación apostólica. Lo correcto es más bien, como recomendaba el Apóstol, aconsejarles.

7. 1. Basta esto para refutar vuestro extravagante lenguaje. No os burléis más de la divinidad, porque es propio de los que se burlan preguntar lo que no está escrito [en las Escrituras] y decir: «¿Así que el Espíritu es hijo y el Padre es abuelo?». Así chancean el que está en Cesarea y el que está en Escitópolis⁵¹. Basta con que creáis que el

Espíritu no es una criatura⁵², sino que es Espíritu de Dios y que en Dios hay una Trinidad, que es Padre e Hijo y Espíritu Santo

2. No hay que pronunciar el nombre del Padre sobre el Hijo, ni es lícito decir que el Espíritu es el Hijo, ni que el Hijo es el Espíritu Santo, sino que es como hemos dicho. En esta Trinidad sólo hay una única divinidad, y una sola fe y un solo bautismo⁵³ dado en ella y una sola iniciación en Jesucristo nuestro Señor. Por medio de Él y en Él se tributan al Padre la gloria y el poder, con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

Duda de Atanasio

8. 1. Acerca del texto del Evangelio que me indicaste en tu carta, perdóname, amadísimo, tú que tienes buenos sentimientos⁵⁴. La verdad es que me asusta ocuparme de él, por temor de que después de haber estado dándole vueltas en mi cabeza y haber comenzado a escudriñarlo, me encuentre sin fuerzas para desentrañar su sentido profundo

2. Quería, pues, silenciarlo totalmente y contentarme sólo con las cartas anteriores⁵⁵. Pero conjeturando que me insistirías amistosamente de nuevo para que escribiera sobre el tema, me he obligado a mí mismo a poner por escrito la modesta opinión sobre el asunto que yo mismo he aprendido. Teniendo confianza en que si conseguimos el objetivo, lo aceptarás por razón de quien lo ha enseñado y si no lo conseguimos, no nos reprocharás conociendo nuestra buena voluntad y nuestra debilidad.

La petición de Serapión

3. Éste es, pues, el texto, cuando, después de tantos milagros hechos en el Evangelio, los fariseos decían: *Éste no expulsa los demonios sino por medio de Belcebú, el príncipe de los demonios*⁵⁶. Pero el Señor conociendo sus pensamientos, les dijo: *Todo reino dividido en sí mismo, será devastado*⁵⁷. Y habiendo dicho: *Si yo expulso los demonios por medio del Espíritu de Dios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios*⁵⁸, añade además: *Por eso os digo: Todo pecado y blasfemia se os perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no se perdonará. Y si alguno dice una palabra contra el hijo del hombre, se le perdonará, pero si la dice contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en este siglo ni en el futuro*⁵⁹.

4. Y tú te preguntabas, por qué la blasfemia contra el Hijo se perdona, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no tiene perdón ni en el presente siglo ni en el futuro.

La opinión de Orígenes y Teognostos

9. 1. Autores antiguos, el doctísimo y laborioso Orígenes y el admirable y diligente Teognostos (cuyos opúsculos sobre el tema he leído, cuando me escribiste tu carta), escriben ambos sobre el pasaje diciendo que la blasfemia contra el Espíritu Santo se da cuando los que en el bautismo han sido juzgados dignos del don del Espíritu Santo vuelven a pecar.

2. Por eso dicen que no recibirán el perdón, como también dice Pablo en la carta a los hebreos: *En efecto, los que han sido una vez iluminados y gustado del don celeste y hechos partícipes del Espíritu Santo y han gustado la buena palabra de Dios y las virtudes del siglo futuro, y que han prevaricado, es imposible que sean renovados de nuevo por la penitencia*⁶⁰. Esto es lo que tienen de común [los dos autores] y cada uno añade su opinión personal.

La explicación de Orígenes

10. 1. En efecto, Orígenes formula la causa del juicio contra estos de la siguiente manera: «El Dios y Padre lo penetra todo y lo conserva todo, lo inanimado y lo animado, lo racional y lo irracional. Por su parte, la potencia del Hijo se extiende sólo a los racionales, entre los cuales se hayan los catecúmenos y los griegos que todavía no han llegado a la fe. 2. Y el Espíritu Santo está solamente en los que lo han recibido en la donación del bautismo. Cuando, pues, los catecúmenos y los griegos pecan, pecan contra el Hijo, porque está en ellos, como ha quedado dicho. Pueden, no obstante, recibir el perdón, cuando son juzgados dignos del don de la regeneración. 3. Pero cuando los bautizados pecan, dice [Orígenes] que tal trasgresión llega al Espíritu Santo, puesto que han pecado estando en Él y por eso es inexorable el castigo contra él»⁶¹.

La explicación de Teognostos

11. 1. Por su parte Teognostos⁶², añadiendo lo siguiente, dice: «El que ha transgredido la primera y segunda regla será considerado digno de un castigo más pequeño, pero el que ha despreciado la tercera no alcanzará el perdón». Llama primera y segunda regla la catequesis sobre el Padre y el Hijo; y tercera la instrucción dada con ocasión del bautismo⁶³ y de la participación del Espíritu.

2. Y queriendo confirmar esto, aduce lo dicho por el Salvador a los discípulos: *Todavía tengo que deciros muchas cosas, pero aún no podéis acogerlas. Cuando venga el Espíritu Santo, os enseñará*⁶⁴.

3. Después dice: «Como el Salvador conversa con los que todavía no pueden recibir las cosas perfectas, condescendiendo con su pequeñez, el Espíritu Santo se hace presente en los que han llegado a la perfección. Que nadie deduzca de esto que la enseñanza del Espíritu supera la doctrina del Hijo, sino que el Hijo condesciende con los imperfectos y el Espíritu es sello de los que han alcanzado la perfección.

4. »De este modo, no es por razón de una superioridad del Espíritu en relación al Hijo que la blasfemia contra el Espíritu es inexpiable e imperdonable, sino porque para los imperfectos hay un perdón y para los que han gustado del don celestial y han alcanzado la perfec-

ción no queda ninguna excusa ni intercesión de perdón». Esto es lo que dijeron aquellos autores.

Examen de ambas opiniones

12. 1. Por mi parte, según he aprendido, pienso que la opinión de cada uno de estos admite un moderado examen y comprensión, por si hubiera oculto en lo que ellos dicen un sentido más profundo.

2. En efecto, es claro que el Hijo, al estar en el Padre⁶⁵, está en aquellos en los que también está el Padre, y que el Espíritu no está ausente. Porque la santa, bienaventurada y perfecta Trinidad es inseparable⁶⁶. Además si todo fue hecho mediante el Hijo⁶⁷ y todo tiene en Él su lugar propio⁶⁸, ¿cómo estaría Él fuera de las cosas que han sido hechas por Él? No estando ellas lejos de Él, con razón está Él también en todas. [Es claro] que el que peca y blasfema contra el Hijo necesariamente peca también contra el Padre y contra el Espíritu Santo.

3. Si el baño⁶⁹ santo se diera sólo en el nombre del Espíritu Santo, con razón se diría que los bautizados pecan solamente contra el Espíritu, pero como se da en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo⁷⁰ y es así como cada uno de los bautizados recibe la iniciación, es necesario nuevamente que los que pecan después del bautismo cometan una blasfemia contra la santa e inseparable Trinidad. Es justo que se razone y se piense esto.

Jesús habla a los fariseos, no a bautizados

4. Si el Señor dialogara con los que hubieran recibido el baño de la regeneración⁷¹, me refiero a los fariseos, y que hubieran ya participado del don del Espíritu Santo, sería aceptable tal interpretación, como que habrían recaído y cometido una falta contra el Espíritu Santo. Pero si no habían recibido el baño, sino que incluso habían despreciado el bautismo de Juan, ¿cómo los iba a acusar de blasfemar contra el Espíritu Santo, del que todavía no habían llegado a participar?

5. En efecto, el Señor decía estas cosas no enseñando sencillamente, ni amenazaba con el castigo para los que vendrían después; sino que acusando directa y verdaderamente a los fariseos, como hechos ya responsables de tan gran blasfemia, es como el Señor ha pronunciado esta frase. Siendo acusados de este modo los fariseos, incluso antes de recibir el bautismo, este dicho no se aplicaría a los que pecan después del bautismo. Y especialmente porque no los acusaba simplemente de pecados, sino de blasfemia. Pues hay una diferencia, ya que el que peca infringe la ley, pero el que blasfema es impío contra la misma divinidad.

6. El Salvador los había acusado anteriormente de muchas transgresiones, de violar el mandamiento de Dios acerca de los padres __ por motivos del dinero⁷²; de rechazar las palabras de los profetas⁷³ y de convertir la casa de Dios en un mercado⁷⁴, al mismo tiempo que los exhortaba también a convertirse⁷⁵. Pero cuando dijeron: *Es por Belcebú como arroja los demonios*⁷⁶, no dijo simplemente

que esto era un pecado, sino una blasfemia tan enorme que el castigo para los que se atrevieran a decir tales cosas era inevitable e imperdonable.

Diferencia entre arrepentimiento y renovación

13. 1. Por otra parte, si estas palabras fueran dirigidas a los que pecan después del bautismo y para estos el castigo por las faltas les fuera inexorable, ¿cómo es que el Apóstol ratifica al arrepentido en Corinto la misma caridad⁷⁷, y por los gálatas que habían vuelto atrás sufre dolores de parto hasta que de nuevo Cristo sea formado en ellos⁷⁸? Al decir *de nuevo* indica la precedente perfección⁷⁹ de ellos en el Espíritu.

2. ¿Por qué censuramos a Novato⁸⁰ que niega la penitencia [] y dice que no tienen perdón alguno los que pecan después del bautismo, si las palabras [del Señor] fueron dichas por razón de los que pecan después del bautismo? En efecto, también lo que se dice en la Epístola a

los Hebreos⁸¹ no excluye la conversión de los pecadores, sino que muestra que el bautismo de la Iglesia católica es único y que no hay un segundo [bautismo].

3. En efecto, escribía a los Hebreos y para que no creyeran, según la costumbre de la Ley, que con pretexto de penitencia había muchos y cotidianos bautismos, por eso los exhorta por una parte a arrepentirse y, por otra, declara que la renovación por medio del bautismo es única y que no hay una segunda [renovación], como dice en otra Epístola: *Una sola fe, un solo bautismo*⁸².

4. De hecho, no dijo que es imposible convertirse, sino que es imposible que seamos renovados por la penitencia. La diferencia es grande, porque el que se convierte, aunque deja de pecar, conserva las cicatrices de las heridas; pero el que se bautiza se ha despojado del [hombre] viejo y es renovado⁸³, naciendo de nuevo⁸⁴ por la gracia del Espíritu.

El fundamento cristológico de la exégesis

14. 1. Al reflexionar sobre estas cosas, se me presenta en más alto grado la profundidad del sentido que encierra la frase. Por eso, después de haber orado mucho al Señor, que se sentó junto al pozo⁸⁵ y que ha caminado sobre el mar⁸⁶, vuelvo a la economía⁸⁷ que tuvo lugar en Él a nuestro favor, por si de algún modo puedo, a partir de ella, captar el sentido del pasaje leído.

2. En efecto, toda la divina Escritura anuncia y proclama esta (economía), especialmente Juan al decir: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*⁸⁸, y Pablo cuando dice: *El cual estando en la forma de Dios no consideró rapiña el ser igual que Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando una forma de esclavo y fue encontrado como hombre en cuanto al aspecto. Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*⁸⁹.

3. Así pues, por el hecho de ser Dios y haberse hecho hombre, como Dios resucitó a los muertos⁹⁰ y con su palabra curaba a todos⁹¹, cambió incluso el agua en vino⁹². No eran éstas las obras de un hombre, pero en cuanto portador de un cuerpo tenía sed⁹³ y se cansaba⁹⁴ y sufría⁹⁵. Cosas estas que no eran propias de la divinidad⁹⁶. Como Dios decía: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*⁹⁷. En cuanto que tenía un cuerpo, refutaba a los judíos: *¿Por qué buscáis matarme, un hombre que os he hablado la verdad que escuché del Padre?*⁹⁸.

4. Estas obras no acontecían separadamente según la cualidad de los hechos, como si las del cuerpo aparecieran sin la divinidad y las de la divinidad sin las del cuerpo, sino que todo se hacía de la forma más apropiada y era uno solo el Señor que las hacía extraordinariamente por su propia gracia⁹⁹.

5. En efecto, escupía como hacen los hombres, y la saliva era divina, porque con ella hizo que los ojos del ciego de nacimiento recuperaran la vista¹⁰⁰. Y queriendo mostrar que Él era Dios, decía indicando esto con lengua humana: *Yo y el Padre somos una sola cosa*¹⁰¹. Con solo quererlo curaba¹⁰² y extendiendo su mano humana levantó a la suegra de Pedro que tenía fiebre¹⁰³ y resucitó de entre los muertos a la ya difunta hija del jefe de la sinagoga¹⁰⁴.

La doble condición de Cristo

15. 1. Los herejes, pues, se han vuelto locos según la propia ignorancia. Unos viendo la realidad corporal del Salvador negaron que *en el principio existía el Verbo*¹⁰⁵; y los que consideraban la realidad de la divinidad han ignorado que *el Verbo se hizo carne*¹⁰⁶.

2. Pero el hombre de fe y apostólico conociendo la filantropía del Señor, viendo los prodigios de la divinidad, admira al Señor en el cuerpo y cuando considera las cosas propias del cuerpo se asombra observando en ellas la energía de la divinidad¹⁰⁷.

Atenuantes para algunos errores cristológicos

3. Siendo ésta la fe de la Iglesia, cuando unos mirando lo humano ven al Señor sediento, cansado, sufriendo y

sólo dicen tonterías contra el hombre que es el Salvador, pecan grandemente; no obstante si cambian rápidamente de parecer pueden recibir el perdón, al tener como excusa la debilidad del cuerpo. En efecto, tienen también al Apóstol que les otorga el perdón, como si les tendiera la mano al decirles que *según la opinión general es grande el misterio de la piedad: Dios ha aparecido en la carne*¹⁰⁸.

4. Cuando otros, por el contrario, contemplando las obras de la divinidad, dudan de la naturaleza del cuerpo, también éstos pecan grandísimamente, porque viéndolo comer y padecer, se imaginan que se trata de una fantasía; sin embargo, también a éstos, si se arrepienten rápidamente, puede Cristo perdonarlos, ya que tienen como excusa la grandeza de las obras que superan a los hombres.

Gravedad de la blasfemia de los fariseos

5. Mas cuando superando la ignorancia y la ceguera juntas de unos y otros los que parecen tener el conocimiento de la ley (tales eran los fariseos de entonces) caen en la locura y niegan completamente al mismo Verbo que está presente en el cuerpo y cuando refieren las obras de la divinidad al diablo y a sus demonios, sin duda que reciben el castigo inexorable por tal impiedad, porque han considerado al diablo como Dios y han estimado que el que es realmente verdadero Dios no tiene en sus obras nada más que los demonios.

16. 1. En una impiedad tan enorme habían caído los judíos de entonces y de entre los judíos, los fariseos. En efecto, habiendo mostrado el Salvador las obras del

Padre —pues resucitaba a los muertos¹⁰⁹, concedía la vista a los ciegos¹¹⁰, hacía caminar a los cojos¹¹¹, abría el oído de los sordos¹¹², a los mudos¹¹³ los hacía hablar, mostraba que la creación le obedecía dando órdenes a los vientos¹¹⁴ y caminando sobre el mismo mar¹¹⁵—, las turbas se quedaban pasmadas y glorificaban a Dios¹¹⁶, mientras que los admirables fariseos decían que tales obras eran de Belcebú y no se avergonzaban los insensatos de transferir el poder de Dios al diablo. Por lo cual el Salvador declaraba con toda razón que proferían una blasfemia imperdonable y sin remisión¹¹⁷.

2. En tanto que se fijaran en lo humano tendrían una opinión imperfecta diciendo: *¿No es éste el hijo del carpintero?*¹¹⁸, y: *¿Cómo es que sabe de letras, si no las apren-*

dió?²¹⁹, y: *¿Qué señal das acerca de ti mismo?*²²⁰, y: *Que baje ahora de la cruz y creeremos en Él*²²¹. Él los soportaba y entristecido por su endurecimiento²²², ya que pecaban contra el Hijo del Hombre, decía: *Si conocierais también vosotros lo que conduce a la paz*²²³. En efecto, también al gran Pedro que, cuando la portera hablaba de un hombre, le había respondido del mismo modo, el Señor le perdonó viéndole llorar²²⁴.

3. Pero cuando los que habían caído volvieron a caer y enloquecieron aún más, diciendo que las obras de Dios eran de Belcebú, ya no los soportó más, porque blasfemaban contra su Espíritu, diciendo que no era Dios, sino Belcebú el que hacía tales cosas. Y por eso, por su insoportable audacia los amenazó con un castigo eterno.

4. Era como si se atrevieran a decir, viendo el orden del mundo y la providencia que hay en él, que la creación fue hecha por Belcebú, y que el sol sale obedeciendo al diablo y que los astros giran en el cielo por él. Y como estas obras son de Dios, aquellas [realizadas por el Salvador] eran obras del Padre. Y si aquellas eran de Belcebú, necesariamente también éstas son de Belcebú. ¿Y dónde sitúan el texto: *En el principio hizo Dios el cielo y la tierra*²²⁵?

Antecedente en la apostasía de Israel

5. Pero no tiene nada de extraño esta locura, porque los padres de esta su idea, en el desierto apenas salidos de Egipto

to, se fabricaron un becerro y atribuyéndole los beneficios que Dios les había hecho, decían: *Éstos son tus dioses, Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto*¹²⁶. Y por esta blasfemia, enseguida desde el principio no pocos, sino muchos de los que se habían atrevido a decir tales cosas, fueron quitados de en medio. Y Dios anunció diciendo: *El día en que los visite, añadiré sobre ellos este pecado*¹²⁷.

6. En efecto, mientras que aquellos murmuraban a causa del pan y del agua, Él los soportaba al igual que una nodriza alimenta a su hijo, pero cuando enloquecieron aún más, como contra ellos dice el Espíritu en el salmo: *Cambiaron su gloria con la figura de un becerro que come hierba*¹²⁸, por haberse atrevido a algo imperdonable, fueron golpeados, como dice la Escritura, *por la fabricación del becerro que Aarón mandó hacer*¹²⁹.

Ambas blasfemias se refieren a Cristo

17. 1. A lo mismo se han atrevido también ahora los fariseos y han obtenido del Salvador la misma condena que Belcebú, en quien ellos pensaron, ya tuvo y tiene, de modo que sean eternamente consumidos con él en el fuego preparado para él¹³⁰.

2. Pero no es haciendo una comparación entre la blasfemia contra Él y la dirigida contra el Espíritu Santo, como si el Espíritu fuera mayor y por eso fuera mayor la culpa de la blasfemia dirigida contra el Espíritu, por lo que [el Señor] dijo eso. ¡En absoluto!

3. En efecto, con anterioridad había enseñado que todo cuanto tiene el Padre es del Hijo y que el Espíritu recibirá del Hijo y glorificará al Hijo¹³¹. Y no es el Espíritu el que da al Hijo, sino que el Hijo concede el Espíritu a los discípulos y por medio de éstos a los que creen en Él.

4. El Salvador no habló, pues, en ese sentido, sino que el Señor lo dijo en el sentido de que la blasfemia, una menor y otra enorme, en ambos casos iba contra Él. Y puesto que los fariseos eran los que decían ambas: viéndole hombre, lo insultaban: *¿De dónde le viene a éste esa sabiduría?*¹³² y: *¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abraham?*¹³³. Incluso viendo las obras del Padre no sólo negaban su divinidad, sino que también contra la misma decían que en Él estaba Belcebú y que de éste eran las obras.

5. Por eso, como ambas blasfemias eran dirigidas contra Él y que una era menor por razón de la humanidad y la más grande por razón de la divinidad, por motivo de la mayor expresó contra ellos lo inevitable del castigo. Ciertamente cuando animaba a los discípulos y decía: *Si el dueño de la casa lo han llamado Belcebú*¹³⁴, estaba diciendo que Él era el dueño de la casa, el mismo que también era blasfemado así por los judíos.

Lo confirma Mc 3, 30

18. 1. Si los judíos diciendo: *Es por Belcebú...*, no insultaban a nadie sino al Señor, es claro que la blasfemia contra el Espíritu está dicha contra el mismo Señor y que el Salvador refería a sí mismo la frase entera. En efecto,

Él es el dueño del universo. No hay que temer repetir lo mismo una y otra vez por seguridad.

2. Tener sed, cansarse, dormir, ser abofeteado¹³⁵, comer son cosas propias de hombres; pero las obras que hacía el Señor, no eran ya cosa de hombres, sino que era cosa de Dios el hacerlas¹³⁶. Cuando algunos, como dije antes, viendo estas cosas insultan al Señor como hombre, merecen un castigo menor que los que atribuyen las obras de Dios al diablo. En efecto, éstos no sólo echan las cosas santas a los perros¹³⁷, sino que comparan a Dios con el diablo y dicen que la luz es tinieblas¹³⁸.

3. Que ésta era la blasfemia imperdonable de los fariseos lo indicó Marcos diciendo: *El que haya blasfemado contra el Espíritu Santo, no tiene perdón, sino que es reo de pecado eterno. Porque decían: Tiene un espíritu impuro*¹³⁹.

4. Y lo testimoniaba el ciego de nacimiento al recuperar la vista: *Jamás se oyó que alguien abriera los ojos de un ciego de nacimiento. Si éste no fuera de Dios, no podría hacer nada*¹⁴⁰. Y las multitudes, admirándose de las cosas que hacía el Señor, decían: *Estas cosas no son de un endemoniado. ¿Acaso puede un demonio abrir los ojos de los ciegos?*¹⁴¹.

5. Pero los fariseos, que eran considerados peritos de la Ley, y que ensanchaban las franjas de sus mantos¹⁴² y se jactaban como si supieran más que los demás¹⁴³, ni aún así se avergonzaban, sino que como está escrito, los mise-

rables ofrecían sacrificios al demonio y no a Dios¹⁴⁴, diciendo que el Señor tiene un demonio y que las obras de Dios son de los demonios.

6. Se comportaban así no por otra razón sino únicamente por negar que el que hacía estas cosas era Dios e Hijo de Dios. Porque si el comer y la apariencia externa corporal lo mostraba también como hombre, ¿por qué a partir de las obras no percibían que Él estaba en el Padre y que el Padre estaba en Él¹⁴⁵?

7. Pero no querían. Más bien eran ellos los que tenían a Belcebú hablando en ellos, de modo que a partir de su humanidad lo llamasen únicamente hombre pero por las obras, que eran propias de Dios, no contesaban que Él era Dios, antes bien en su lugar divinizaban a Belcebú que estaba en ellos, para ser finalmente castigados con él eternamente en el fuego.

«Hijo del hombre» y «Espíritu»

19. 1. El examen mismo del texto me parece ofrecer esta explicación y mostrar que ambas blasfemias le conciernen a Él y que se había referido a sí mismo con las expresiones «Hijo del hombre» y «Espíritu», para mostrar con aquella expresión su realidad corporal y con la palabra «Espíritu» indicar su espiritual, suprasensible y verdadera divinidad.

2. En efecto, lo que puede recibir perdón, lo refirió al Hijo del hombre para dar a entender su realidad corporal, mientras que indicó que la blasfemia imperdonable con-

cernía al Espíritu para, nombrándolo así en contraposición a la realidad corporal, mostrar su propia divinidad.

3. Esta misma característica la he observado también en el Evangelio de Juan. Cuando hablando sobre la manducación de su cuerpo y viendo que por eso muchos se habían escandalizado, dice el Señor: *¿Esto os escandaliza? ¿Y si vierais al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? Las palabras que os he hablado son espíritu y vida*¹⁴⁶.

4. En efecto, también aquí ha dicho de sí mismo ambas cosas: carne y espíritu. Distinguió el espíritu de la carne para que creyendo no sólo lo que se veía de Él, sino también lo invisible de Él, aprendieran que lo que Él dice no es carnal, sino espiritual. ¿Para cuántos sería suficiente el cuerpo dado en comida, si debía convertirse también en alimento del mundo entero?

5. Precisamente por esto mencionó la subida del Hijo del hombre a los cielos, para arrancarlos de la representación corporal y que aprendieran en adelante que la carne de la que hablaba era una comida celestial, un alimento espiritual dado por Él.

6. Dice: *Las palabras que os he dicho son Espíritu y vida*¹⁴⁷, que es lo mismo que decir: lo que se muestra y se da por la salvación del mundo es la carne que porto conmigo, y esta carne y su sangre os la daré espiritualmente como alimento, de modo que se le dé espiritualmente a cada uno y a todos se les convierta en protección para la resurrección de la vida eterna¹⁴⁸.

7. Así también el Señor apartando a la samaritana de las cosas sensibles, llamó a Dios Espíritu¹⁴⁹, para que ya no se representara a Dios de manera corporal, sino espiritual.

8. Así también el profeta, contemplando al Verbo hecho carne, dice: *El Espíritu de nuestro rostro es Cristo el Señor*¹⁵⁰, para que nadie pensara que el Señor era por las apariencias puramente un hombre, sino que oyendo la palabra Espíritu se reconociera que el que está en el cuerpo es Dios.

La negación explícita de la divinidad del Verbo

20. 1. Las dos cosas son pues claras: que el que al ver al Señor que habla de sí mismo, si sólo se fija en su aspecto humano y sin fe dice: *¿De dónde le viene a éste esa sabiduría?*¹⁵¹, sin duda que comete un pecado y que blasfema contra el Hijo del Hombre. Pero el que viendo sus obras realizadas por medio del Espíritu Santo, dice que el que las hace no es Dios ni Hijo de Dios, sino que las atribuye a Belcebú, claramente blasfema, al negar su divinidad.

2. Y en efecto, como ya hemos dicho muchas veces, en el texto evangélico [el Señor] al decir «Hijo del hombre» se refiere a su realidad carnal y humana, y al decir «el Espíritu» manifiesta que era suyo el Espíritu Santo, en el que lo realizaba todo. Por eso cuando realizaba las obras decía: *Si no me creéis a mí, al menos creed a las obras, para que sepáis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí*¹⁵².

3. Cuando se iba a ofrecer corporalmente por nosotros, justo cuando por esa razón subió a Jerusalén¹⁵³, decía a sus discípulos: *Ya podéis dormir y descansar, porque ha llegado la hora y el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores*¹⁵⁴. En efecto, sus obras hacían que se creyera que Él era verdadero Dios, pero su muerte mostraba que tenía verdaderamente un cuerpo. Por esto, con razón llamaba Hijo del hombre al que estaba a punto de ser entregado, porque el Verbo es inmortal e intocable, siendo como es la Vida misma.

4. Pero los fariseos no creyeron esto ni quisieron ver lo que hacían sus hijos, por lo que el Señor con toda serenidad los censuraba diciendo: *Si yo expulso los demonios*

con el poder de Belcebú, ¿vuestros hijos con quién los expulsan? Por eso ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si yo expulso los demonios con el poder del Espíritu de Dios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios¹⁵⁵.

5. Y aquí decía *con el poder del Espíritu de Dios*, no que fuese menor que el Espíritu ni que el Espíritu realizase en Él esas obras, sino para mostrar nuevamente que Él, porque es Verbo de Dios, lo realiza todo por medio del Espíritu, y para enseñar a los oyentes que en la medida en que atribuyen a Belcebú las obras del Espíritu, blasfeman contra el que da el Espíritu.

6. Y al decir esto, muestra que no es por ignorancia sino voluntariamente como caen en tal blasfemia inevitable y los insensatos, aun sabiendo que tales obras son de Dios, no se avergüenzan de atribuir las a Belcebú y decir que procedían de un espíritu impuro.

La evidencia de las obras divinas

21. 1. ¿Cómo es que gente, que se atreve a tales cosas, puede todavía acusar a los gentiles de fabricarse ídolos y llamarlos dioses? Porque lo de aquellos es parecido a la locura de éstos, si es que no es aún más grave la audacia de éstos, ya que habiendo recibido una ley sobre esto despreciaron a Dios por la trasgresión de la Ley.

2. ¿Qué harán los que dicen tales blasfemias, cuando lean al profeta Isaías¹⁵⁶ y oigan que los signos de la venida de Cristo son que los ciegos recuperan la vista, los cojos andan, los mudos hablan, los muertos resucitan, los lepro-

sos curan y que los sordos oyen? ¿Quién van a querer que sea el autor de estas obras?

3. Si dicen que es Dios, se acusarán a sí mismos de impiedad contra el Señor, porque lo que el profeta dijo viéndolo de antemano, lo realizó el mismo Señor estando presente. Pero si se dejan llevar de su temeridad y se atreven a decir que tales obras se hacían con el poder de Belcebú, me temo que progresando poco a poco en la impiedad y leyendo: *¿Quién dio la boca al hombre y quien hizo al sordo y al mudo, al que ve y al ciego?*¹⁵⁷ y textos semejantes, que digan en su locura que también estas palabras se refieren a Belcebú. De hecho a quien se atribuye la gracia de dar la vista, hay que atribuir necesariamente a ese mismo también la causa de la ceguera. En efecto, el texto dice que ambas cosas las hizo el mismo.

4. De todas formas, diciendo esto, terminarán por pensar que Belcebú es el creador de la naturaleza humana, ya que es propio del Creador tener el poder sobre las cosas creadas. __ Porque habiendo dicho Moisés: *En el principio hizo Dios el cielo y la tierra*¹⁵⁸, y *Dios hizo al hombre a imagen de Dios*¹⁵⁹, también Daniel dice con toda libertad a Darío: *No rindo culto a ídolos hechos con las manos, sino al Dios vivo que creó el cielo y la tierra y que tiene el señorío sobre toda carne*¹⁶⁰. A no ser que de nuevo cambien de parecer y digan que la ceguera, la cojera y las otras enfermedades proceden de un castigo del Creador y que la superación de éstas y la beneficencia para con los que las padecen las lleva a cabo Belcebú.

5. Pero el solo hecho de plantearse esto es una gran necedad. Este lenguaje estúpido e impío es propio de insensatos y completamente locos. En efecto, los insensatos en esta comparación atribuyen lo mejor no a Dios, sino a Belcebú. A éstos no les preocupa alterar las doctrinas de las divinas Escrituras, con tal de poder negar la venida de Cristo.

Identidad de fondo con la herejía arriana

22. 1. Lo que aquellos malvados deberían hacer es no menospreciar al Señor por ser hombre, y desde luego deberían confesarlo por sus obras como verdadero Dios. Pero lo hacían todo mal, pues viendo a un hombre, lo insultaban como a un hombre, y viendo las obras divinas, negaban la divinidad, se arrimaban al diablo, pensando que con esta audacia podrían evitar ser juzgados por el Verbo al que ellos ultrajaban.

2. Los encantadores¹⁶¹, los magos y los brujos¹⁶² del Faraón, aunque lo habían intentado muchas veces, cuando vieron los signos realizados por Moisés, cedieron y dieron la espalda diciendo que el dedo de Dios¹⁶³ era el que hacía estas cosas. Por el contrario, los fariseos y los escribas, después de ver actuar toda la mano de Dios¹⁶⁴ y contemplar que las [obras] realizadas por medio del mismo Salvador eran más numerosas y mayores que aquellas otras, afirmaban que las hacía Belcebú, al que los magos, a pesar de ser su dueño, reconocían que no podía hacer ni incluso cosas menores que éstas.

3. ¿Quién podrá exagerar la locura de esta gente o, como dijo el profeta¹⁶⁵, quién podrá decir algo que se parezca a su impiedad? En efecto, con su comportamiento han justificado incluso a los sodomitas y han vencido la ignorancia de los gentiles, han superado la necedad de los magos del Faraón y sólo con los arriomaníacos¹⁶⁶ tienen comparación cayendo ambos en la misma impiedad.

4. De hecho los judíos, viendo las obras del Padre mediante el Hijo, las atribuían a Belcebú. Y los arrianos, viendo ellos las mismas obras, connumeran con las criaturas al Señor que las realizaba, diciendo que Él procede de la nada y que no existía antes de ser hecho.

5. Y los fariseos, contemplando al Señor en un cuerpo, murmuraban diciendo: *¿Por qué tú, siendo un hombre, te haces a ti mismo Dios?*¹⁶⁷. Y los enemigos de Cristo¹⁶⁸ viéndolo padecer y sufrir blasfeman diciendo: «Quien padece estas cosas no puede ser Dios verdadero y consustancial al Padre». En una palabra si alguno quiere examinar poniendo en paralelo los errores de ambos, encontrará, como he dicho antes¹⁶⁹, que se han precipitado en el valle de la amarga embriaguez¹⁷⁰.

Cristo, Hijo de Dios e Hijo del hombre

23. 1. Por esto, aquéllos y éstos tendrán un castigo irremisible, como declaró el Señor con estas palabras:

*Al que hable contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en este siglo ni en el futuro*¹⁷¹. Y con razón. Porque el que niega al Hijo, ¿a quién invocará para poder alcanzar expiación? ¿O qué vida o descanso esperará el que rechazó al que dice: *Yo soy la vida*¹⁷², y: *Venid a mí todos los que estáis cansados y sobrecargados y yo os daré descanso*¹⁷³?

2. Si a éstos se les castiga de ese modo, es claro que los que honran piadosamente a Cristo y lo adoran en su carne y en su Espíritu y no ignoran que Él es el Hijo de Dios y no niegan que Él se hizo Hijo del hombre, sino que creen que *en el principio existía el Verbo*¹⁷⁴ y que *el Verbo se hizo carne*¹⁷⁵, reinarán eternamente en los cielos según las santas promesas del mismo Señor y Salvador nuestro Jesucristo, el cual dijo: *Aquellos irán al castigo eterno, pero los justos irán a la vida eterna*¹⁷⁶.

Epílogo

3. Te he escrito brevemente estas cosas según yo las aprendí. Tú recíbelas de mí no como una enseñanza completa, sino sólo como unos apuntes. Sólo queda que a partir de la palabra evangélica y de los Salmos adquieras el sentido más exacto, ates las gavillas de la verdad, para que llevándolas también tú, se diga: *Viniendo vendrán con alegría, trayendo sus gavillas*¹⁷⁷ en Jesucristo nuestro Señor, por medio del cual y con Él, junto con el Espíritu Santo, al Padre sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.